

EL GIGANTE DE SANTO DOMINGO

El Aullido. Diario de León. 18 – V – 2002

Luis Artigue

Los niños trepan al árbol desde el tronco hasta la copa, pero el artista sube por el interior como la savia. Me vino esta imagen el otro día, mientras tomaba café acompañado por los mejores amigos del mundo con el escultor leonés Amancio. ¡Qué agradable es escuchar a alguien que tiene la vida iluminada!.

Al calor del encuentro y de la conversación, tras un breve intercambio de miradas y de autobiografías, él me contó su historia. La historia de su imponente escultura acostada en la acera de Santo Domingo como si de una playa de hormigón se tratara. Y, mientras me hablaba, las palabras iban modelando otra vez esa obra, continuaban ajustando volúmenes y descubriendo enigmas, revelando un sentido nuevo que yo no había captado antes y quisiera compartir con ustedes.

Y es que, siempre que pasaba ante esa escultura, ante esa exaltación de vigor y desmesura reposada, pensaba en Gulliber, el gigante entre los enanos. Pero Amancio me contó que en su pueblo, cuando era niño, había un negrillo carcomido por dentro en el que jugaba con sus compañeros de infancia, y al que trepaban por el interior. Juguete natural transmitido de generación en generación, espectador pasivo del crecimiento humano, torre viva o pasado rescatado de la ruina, aquel negrillo se convirtió en un símbolo, en ese paraíso perdido del que hablaba Milton refiriéndose a la infancia.

En primavera, aunque el negrillo estaba más que seco, brotaban desde el suelo ciertos chupones verdes, vida después de la muerte, sol que sigue a la tormenta eléctrica. Ese gigante, esa escultura, nace como un eterno recuerdo emocionado a aquel negrillo, a aquella infancia. Una de sus manos está por eso colocada para que jueguen los niños y la otra, enormes dedos, rememora a los chupones que brotan cada primavera como una nueva esperanza. Cinco dedos que se alzan certificando que siempre existe, mientras haya vida, la posibilidad de resucitar, de rebrotar.

La escultura como un idioma interior, emocional, universal. Como alguien que nos habla sobre nosotros mismos con voz de todas partes. La canción de las cosas. Poema en piedra. No sé porque no me sorprendió saber que el Ayuntamiento de León no pagó nada al escultor por esa obra, sólo los materiales. Supongo que se habían gastado en urbanismo el dinero de cultura.

He vuelto después específicamente a ver esa escultura, después de nuestro encuentro ritual, y ya no pensaba en Gulliver, sino en mi propia infancia y en Antonio Machado cuando su amada esposa Leonor estaba ya despidiéndose de la vida en el Sanatorio del Alto Guadarrama. El poeta caminaba entonces por Soria y no vio un negrillo, sino un olmo también seco, de cuyo interior brotaban igualmente algunos chupones verdes. Pensando en ella y en su posibilidad de rebrotar escribió en carne viva un poema voltaico que acaba diciendo: "...olmo, quiero anotar

en mi cartera/ la gracia de tu rama verdecida./ Mi corazón espera/ también, hacia la luz y hacia la vida,/ otro milagro de la primavera”.

Estimado artista, gurú, guía, gigante entre mil enanos o lo que sea que seas, ya que a quién le correspondía no lo hizo, yo quisiera hoy pagarte desde aquí, y en nombre del niño que fui, gracias.